

fidias y crueldades. El vengativo Monarca trató otra vez de deshacerse del autor por medio de dos irlandeses pagados por el Conde de Fuentes para matarle: les fueron ocupadas en Londres las cartas acusadoras, y confesado el intento, sufrieron la última pena (1). El Rey de España fracasó igualmente en el empeño de despertar contra el proscrito los recelos de la corte de Inglaterra (2).

El propósito de asesinato hizo realmente mucho ruido por entonces en Londres: varios historiadores, Birch, el mismo Pérez, lo consignan; pero es asunto, lo mismo que el de otros intentos contra la vida de Isabel, que dista mucho de la claridad y de las pruebas que harían falta á una afirmación cual la hizo M. Mignet. Á los irlandeses se les ocuparon papeles escritos en cifra en que únicamente aparecía evidente el nombre de Antonio Pérez: lo que decían no llegó á saberse; las declaraciones de los presos fueron contradictorias, si bien en el tormento acabaron *por confesar* haber sido despachados por el Conde de Fuentes con el fin de dar muerte al refugiado (3).

La segunda inculpación á Felipe II se apoya en basamento más flaco todavía: en una

(1) Mignet, pág. 331.

(2) Idem, pág. 332.

(3) Bermúdez de Castro, pág. 258.

carta escrita por el interesado al Conde de Essex (1), y M. Mignet no paró mientes en que de palabra y por escrito repitió más adelante en Francia que en la tierra de *Egipto* (que así nombraba ya á su patria) *los Faraones* maquinaban sin cesar contra su crédito; con lo que se viene á descubrir ser táctica practicada, así para disimulación del doble juego de sus acciones, como al propósito de mantener en boga la idea «de los peligros y rugidos con que le cercaba la persecución (2).»

Así y todo, vivía en Inglaterra lo bastante bien para sentir que los riesgos por aquella parte se acabaran. Llamado por Enrique IV el mismo año de 1593, buscó en el mal estado de la salud, por causa de las penas y los trabajos, excusa de demora (3); dejó á favor de otros pretextos que transcurriera todo el año de 1594, oponiendo, á nuevos mandatos comunicados por el Embajador de Francia (4), protestas de adhesión, por la que había de ser el Rey Enrique último de sus amores, pensando descansar y morir á su lado (5), causas ó incidentes que fueron entreteniéndolo el tiempo (6), y

(1) Birch, tomo I, pág. 237.

(2) Colección Ochos, parte I, carta XIII.

(3) Idem id., carta V.

(4) Idem id., carta X.

(5) Idem id., carta V.

(6) Idem id., cartas VI y VII.

motivaron la embajada del Sr. Gil de Mesa, encargado en ocasiones semejantes de decir de viva voz lo que no era bueno quedara escrito (1). Sólo cuando Enrique, declarada la guerra á España, le escribió directamente con fecha 30 de abril, manifestando el deseo de hablar de asuntos de importancia, á cuyo fin rogaba á la Reina le consintiera hacer el viaje y al Conde de Essex que lo facilitara (2), se resignó á emprender la marcha declarando, y esta vez por escrito, al Conde, que separarse de él era tanto como morir, porque á su lado vivía (3).

Otra carta por demás curiosa, enviada por aquel entonces á Bacon por M. Standen (4), da á conocer las impresiones de despedida. Estando comiendo, dice, con mylady Rich (5), el Sr. Pérez y Sir Nicolás Clyfford, entró Sir Robert Sidney, determinando la asamblea que el siguiente día fuera el Sr. Pérez con el Conde á la corte, y que después se reuniera la compañía á comer en casa de Walsingham. También quedó resuelto que no marcharía el señor

(1) Colección Ochoa, carta XI.

(2) Se halla esta carta en la Bibl. Nac. de París, *Fr.*-3.652: la publicaron Bermúdez de Castro, pág. 259, y Mignet, pág. 332.

(3) Birch, tomo I, pág. 256.

(4) La copia Birch.

(5) Penélope, hermana del Conde de Essex, casada con Robert, Lord Rich, después Conde de Warwick.

Pérez, porque el Conde había conseguido para su persona el mismo oficio que tienen los eunucos en Turquía.

Sentía el Peregrino salir de Londres, á juicio de Bermúdez de Castro, porque allí pasaba la vida lejos de los negocios, sin tentaciones para su lealtad, y eso no había de sucederle en París, centro de intrigas anti-españolas (1). ¡Juicio bondadoso! Sentía salir de Londres precisamente por ser el centro de maquinaciones anti-españolas que en Francia no había medio de igualar, y salía por la voluntad decidida del Conde de Essex de que allá le sirviera de instrumento, según le había servido hasta entonces. Tres cartas de recomendación le precedían, pidiendo el magnate inglés al Duque de Bouillon, á M. de Sancy y á M. Beauvois le Noele, Embajador que había sido de Francia en Londres, que le ampararan y favorecieran. «Pues el Rey le ha llamado, escribía, es cuestión de honra de S. M. que quede satisfecho del recibimiento que se le haga; que no sólo se cuide de ponerle á cubierto de las asechanzas del enemigo, sino que encuentre apoyo en el arreglo de sus negocios; situación correspondiente á sus cualidades y méritos; empleo donde ejercite las facultades de hom-

(1) Bermúdez de Castro, pág. 260.

bre especulativo y su gran habilidad en la política. Sin estos cuidados harían su condición peor que la que disfrutaba en Inglaterra, y deberían devolverlo á esta nación, que no quería considerarle perdido para ella (1).»

Por efecto de mayor solicitud, si cabe, puso el Conde de Essex al lado del proscripto, en clase de criado, ó más bien de secretario, á un joven dependiente de la casa de Bacon, llamado Godfrey Aleyn, en razón á que Antonio Pérez no conocía los idiomas inglés ni francés; y si bien se hacía entender en castellano, lengua que por entonces poseía toda persona bien educada en ambos reinos, acudiendo á la latina en casos necesarios, era bueno tuviera á mano persona ejercitada en la escritura usual. Godfrey tenía instrucción privada de comunicar todo cuanto ocurriera á su nuevo amo: tal era la verdadera misión, á cuyo cumplimiento se deben las noticias que irán apareciendo.

Antonio Pérez se despidió de la Reina, dejando en su mano un memorial dictado en los términos conceptuosos de su estilo ordinario, y puesto en francés por mano propia de Bacon (2). Pedía en el documento que no confiara

(1) Birch, tomo I, pág. 267.

(2) Birch, tomo I, pág. 256. Acababa diciendo: «Pardonnez moi, pardonnez moi, Madame, car nul ne parle icy sinon le pauvre de l'imperatrice.»

á nadie su cifra y correspondencia secreta, haciendo en cambio la promesa incalificable, que teniendo entendido iba á ser huésped del Secretario de Estado, Villeroy, procuraría sacar partido de la circunstancia en provecho del servicio de S. M.

Isabel no dejó de fijar la atención en una oferta que transparentaba del todo la moral del que la hacía (1).

También hizo Pérez memorial de despedida, escrito en latín, al Conde de Essex, recomendándole no demorase la expedición convenida contra Cádiz (2).

II.

Las cartas de Godfrey Aleyn á Bacon empezaron desde el momento de la partida de Inglaterra á narrar los sucesos. La primera, con fecha 2 de agosto de 1595, avisaba la llegada á Dieppe, cuyo gobernador recibió á Pérez con grandes atenciones.

Bermúdez de Castro confundió al funcionario con el Duque de Chartres: era el Comendador de Chaste, vencido en la isla Tercera por D. Alvaro de Bazán, que por entonces an-

(1) Birch, tomo I, pág. 265. Mignet, pág. 233.

(2) Birch, idem.

daba en proyectos de expedición corsaria, por su cuenta, á las Indias ⁽¹⁾; así podían serle de mucha utilidad la presencia y las noticias del viajero; mas éste se aburría en una ciudad en que apenas pudo saber algo de Flandes que comunicar á su buen amigo al otro lado del Canal, y queriendo trasladarse á Ruan (*Rouen*), le acompañó por el camino el referido gobernador, llevando escolta de 50 caballos ⁽²⁾.

Halló en el Duque de Montpensier, que regía la plaza, acogida no menos grata que en Dieppe; el Príncipe le salió al encuentro con 100 caballos; le sentó á su mesa, procurando hacerle agradable la estancia, como el Rey se lo mandaba, y confirmando las palabras tuvo Pérez carta datada en Lyon á 26 de agosto en que el mismo Rey le daba bienvenida.

«Como pienso ponerme en camino, decía, no quiero tengáis la molestia de pasar adelante, sino que me esperéis en *Rouen*. Hoy mismo escribo á mi primo el Duque de Montpensier que os dispense las consideraciones merecidas por vuestras virtudes, que yo siempre os he de dispensar. Sin embargo, si preferís ir á París, lo dejo á vuestra decisión: allí encontraréis en tal caso á mi primo el Príncipe de Conti, al Sr. de Schomberg y á los de mi Con-

(1) V. *La Conquista de las Azores por D. Álvaro de Bazán*.

(2) Birch, tomo I, pág. 283.

sejo, que tienen prevención de recibiros y acogeros como lo haría yo mismo.» Consolábase á seguida del accidente mortal ocurrido al pobre D. Martín de Lanuza, recomendando se conformara con la voluntad de Dios, en la seguridad de que la suya no había de faltarle nunca ⁽¹⁾.

Satisfecho podía estar el Peregrino si no nublara un tanto los auspicios favorables la diligencia del Sr. Gil de Mesa en comunicarle nuevas de otro género. Háblale mostrado el Ministro Villeroy avisos de Flandes de andar por París el señor de la Pinilla de Aragón, de quien se decía haber tomado 6.000 ducados de oro á cuenta de la vida del fugitivo, yendo en su compañía un fraile y un criado. Por otra parte, le anunciaban, con referencia al gobernador del Havre, que cuando él (Pérez) marchó á Inglaterra, un inglés llamado Burle propuso al dicho gobernador ganarse 100.000 ducados si entregaba vivo al pasajero, ó 50.000 si quería darlo muerto; proposición que rechazó indignado.

Estas confidencias, nada á propósito para tranquilizar el ánimo en quien no le tenía muy grande, templaron el deseo de encaminarse á París, mientras no lo hiciera un cuerpo de tro-

(1) La carta en el Museo Británico. Mignet, pág. 334.

pa mandado por M. D'Incarville. El mismo Duque de Montpensier le aconsejó esperar esta ocasión, y aun agregó á la tropa varios oficiales del Rey que le dieran particular escolta.

Llegado á la capital el 10 de septiembre, le visitaron los señores del Consejo de Estado, confirmando las órdenes que del Rey tenían recibidas para velar, sobre todo, por la seguridad. Preguntaron si conocía al señor de la Pinilla; y como la respuesta fuera afirmativa, le propusieron alojamiento en la Bastilla, por ser lugar fuerte en que había perennemente guardia de soldados; pero si no le agradaba la mansión, estaban dispuestos á poner en la casa que eligiera cuatro guardias del Rey, que le custodiaran día y noche. Pérez optó por lo último: la visita de la Bastilla hecha el mismo día no le había satisfecho, y descansó en una posada elegida por M. D'Incarville. De ella escribió al Conde de Essex los pormenores que van referidos; agregó las noticias políticas que había recogido desde la separación, y contestando las recibidas de Londres manifestó su aprobación, así relativamente á los aprestos que se iban haciendo de la expedición contra Cádiz, como á los más atrasados de la jornada de Drake á las Indias. Sobre ésta en particular se extendía, tratando del partido que podía obtenerse de los indígenas; materia dispuesta

á la rebelión, tanto por condición propia como por los agravios recibidos de los españoles (1).

Ocho días después le instalaron los del Consejo en una casa muy hermosa que había pertenecido al Duque de Mercoeur, sin que tuviera que ocuparse de nada; los guardias ofrecidos y el cocinero ocupaban sus respectivos puestos. Hecho por su parte acatamiento á Madama Catalina, la hermana del Rey, le llevó la Princesa en su carroza á ver la comedia, honra (escribía á Essex) que había sorprendido á mucha gente y á él le daba alegría y satisfacción (2).

Los términos de la carta suplirían por sí solos la última confesión, según pintan las impresiones de la vanidad satisfecha; sólo que duraron poco. La epístola inmediata trataba del complot descubierto contra su vida; de la prisión del señor de la Pinilla; de la inquietud que sentía: quisiera volver á Inglaterra, y no le vendrían mal algunos fondos (3).

El incidente de la prisión, que parecía justificar los temores y las precauciones, requiere consideración un tanto detenida, empezando por la narración de Bermúdez de Castro, que

(1) Birch, tomo I, páginas 295, 297.

(2) Idem id.

(3) Idem id.

vale tanto como decir la que hizo la pluma de Antonio Pérez.

D. Rodrigo de Mur, señor de la Pinilla, acompañado de un criado y de un fraile vizcaíno, de nombre Mateo de Aguirre, aparecieron en París, despachados por D. Juan de Idiáquez con expreso fin de matar al ex-Secretario de D. Felipe. Tres veces en una noche intentó D. Rodrigo penetrar en la casa del refugiado, pretextando necesidad de hablarle; otras tantas le negaron acceso los suizos de guardia, y recelosos de la insistencia le detuvieron en la última. Halláronle dos pistoletas cargadas cada uno con un par de balas encajadas en cera, por seguridad de la puntería, y fuera de la ciudad le esperaba el criado con los caballos. Ante el tribunal confesó *su traición*, por lo que fué ajusticiado en la plaza de la Greve (1).

La exposición de M. Mignet se parece mucho, como procedente del mismo origen.

El Secretario Villeroy, lo propio que el Mariscal de la Force, tenían avisos de España (2) anunciando que el Barón de la Pinilla, el mismo que había tratado de prender á Pérez en Sallent, se había puesto en camino en compañía de otros dos hombres, uno de ellos fraile

(1) Bermúdez de Castro, pág. 264.

(2) Antes habían dicho que de Flandes.

disfrazado de laico. Pinilla había recibido previamente 600 ducados de oro (1); hizo en París los preparativos para escapar después del golpe; pero fué detenido con uno de los cómplices, logrando el fraile ponerse en salvo. En casa de Pinilla se encontraron dos pistoletas cargadas con dos balas cada uno: todo lo confesó en el tormento, de modo que, meses después, fué ejecutado en la plaza de la Greve (2).

El escritor francés apoya la aseveración en el libro de las *Relaciones* (3), en las cartas enviadas por el interesado al Conde de Essex (4) y en la siguiente noticia de un diario de París:

«El viernes 19 fué ajusticiado un español en la plaza de Greve de París, *convicto* de haber querido matar á D. Peres, Secretario del Rey de España, que sigue á la corte, siendo bien venido al lado de S. M., por haberle descubierto muchos manejos del Rey de España contra su persona y su Estado (5).»

Las pruebas no son de aquéllas que desvanecen dudas, no ya en asunto tan grave para el desdichado D. Rodrigo de Mur, para la opinión del Secretario de Estado D. Juan de

(1) Antes 6.000.

(2) Mignet, pág. 335.

(3) *Relaciones*, páginas 179, 180.

(4) Birch, tomo I, páginas 282, 299, 402.

(5) L'Etoile, *Journal de Henri IV.* Collect. Petitot, tomo XLVII, pág. 151.

Idiáquez, y por ende de su amo, sino para cualquiera que interesara á la historia. Comparadas estas pruebas entre sí, ponen en claro que el señor de la Pinilla fué á la casa de Pérez, guardada por suizos; pidió á los mismos guardas entrada, é iba desarmado, pues los pistoles en la posada se encontraron, no en la persona. Perspicaz sería el juez que con tales indicios descubrió intento de asesinato y prevenciones de huída.

Hay más: la colección de documentos de Birch, citada por M. Mignet, contiene algunos que valen la pena de registro. Uno dice que en el momento de llegar Pérez de Inglaterra á Dieppe, recibió cartas que le dirigía desde París el señor de la Pinilla (1). El contenido de las cartas no se expresa, y, sin embargo, tan vaga especie basta á la persuasión de que D. Rodrigo no vino de España á París á objeto expreso de encontrar á Antonio Pérez, pues que le precedió; al paso que demuestra no tener propósito de recatarse, antes de anticipar el deseo, acaso también la razón, de una entrevista.

Otro papel, escrito por el Secretario de Antonio Pérez (2), refiriendo la ejecución de Pini-

(1) Birch. Primera carta de Godfrey Aleyn á Bacon, fecha 2 de agosto 1595

(2) Carta de Edward Yates á Bacon, fecha á 6 de febrero de 1596.

lla, consigna que hasta el momento del suplicio no confesó otra cosa sino que había venido á tratar con su amo; lo mismo que viene á declarar L'Etoile en el *Journal de Henri IV*, esto es, que murió *convicto*.

De qué iba á tratar; cuál era la comisión que de D. Juan Idiáquez se le suponía; por qué con tanta insistencia pretendía una entrevista, podrá entenderse por cartas cifradas que al mismo Secretario Idiáquez envió el Encargado de Negocios de España, D. Diego de Ibarra, al tener noticia inexacta de la llegada del proscripto. Decía:

«Antonio Pérez volvió de Inglaterra: no he oído lo que ha traído; pero él se topó cerca de este lugar con el Duque de Guisa y le habló en sus desventuras. Vea V. S. si con este hombre es menester hacer algo ó con D. Martín de Lanuza, que también anda con el Príncipe de Bearne, y ha llegado á las puertas de París, y dice desea reducirse. No se me ha respondido á lo que avisé de D. Manuel de Portugal, que me había escrito D. Martín de Guzvide, ni al particular deste pobre hombre, que muere de hambre, y así en ninguna de las dos cosas he hecho nada. El D. Manuel está con el de Bearne, y ha dicho á personas que me lo han dicho que desea echarse á los pies de S. M., y está aguardando respuesta de lo que de Roan

se escribió. Aviso de todo á V. S. por si S. M. quisiere mandar algo, lo pueda hacer á tiempo.

.....
 »Lo que me dijo el Duque de Guisa que le había pasado con Antonio Pérez, no fué así: hase sabido después que está todavía en Inglaterra, y que debió de ser alguno que se valió de su nombre (x).»

Con estos hechos, mientras las pruebas del proceso no aparezcan, hay, pues, motivo para relegar el supuesto intento de D. Rodrigo de Mur, en unión con el de los irlandeses de Londres y algunos más, á la categoría de cuentos intencionados, con la presunción de que los ejemplares de verdaderos atentados de la época servirían á la credulidad sin otro examen.

Reanudando la ilación de los sucesos, como la guerra con España no empezaba cual por allá desearan, llamó el Rey á Pérez á la ciudad de Chauny, cerca de la Fere, cuyo cerco iba á poner, para consultarle el plan de campaña por la parte de Flandes. La marcha de los sucesos le tenía alarmado. Hízole entender el Peregrino que sin la cooperación activa de Inglaterra, sin un acuerdo que aunara los esfuerzos contra el enemigo común, difícilmente llegaría á contrarrestar el impulso dado por

(x) Carta cifrada, fecha en París á 14 de agosto de 1593: París, Arch. nat., *Papiers de Simancas*, K-1589, B-78, piezas 52 y 62.

el Conde de Fuentes metiéndose en Picardía y ganando una tras otra las plazas de la Chappelle, Catelet y Dourlens. ¿Mas era acaso fácil convencer á la Reina Isabel, alcanzar socorros de ella, cuando acababa de retirar los que envió contra los españoles de Bretaña al verlos en Brest, esto es, á las puertas de su casa?

Bien conocía Antonio Pérez la exactitud de la objeción, sintiendo en el despecho *no estar debajo de tierra* antes que ver á la *insolente fortuna de Felipe* sobreponiéndole á todos los enemigos, sin que sus consejos fueran escuchados ni su residencia allí produjera fruto (x). Debía de insistir, sin embargo, é insistía en inclinar al Rey de Francia á dar nuevos pasos que movieran la voluntad de la inglesa, de *Junio*, según la nombraba en la conversación confidencial, dando ejercicio á su prurito de aplicar sobrenombres, mientras por el lado del favorito de la Reina tiraba de los hilos de la intriga con que se tramara la misma tela.

Enrique IV no podía desconocer la excelencia del pensamiento ni la necesidad de acudir á realizarlo, empezando con el halago del consejero y agente; no escaseó, en consecuencia, las honras en la palabra, ofreciendo la dispensación de otras más efectivas, el collar

(x) Carta de Pérez al Conde de Essex, Birch, tomo I.

de la Orden del Espíritu Santo, por ejemplo.

Godfrey Aleyn, que oyó referir á su amo en la mesa las distinciones de que había sido objeto, presumía que el Sr. Antonio las rehusaría sin más excepción que la de la Orden, y esto si podía proporcionarse las prendas que necesariamente deben de vestirse en la ceremonia. Hubiera rogado al Conde de Essex que le ayudara al efecto, si no estuviera cohibido por la consideración de los muchos favores recibidos. La celebración del Capítulo era el día primero del año próximo; la nota de las prendas y de su valor, pedida por curiosidad al sastre de S. M., adjunta (1).

Sirviendo Pérez á dos señores, natural era que se creyera con derecho á seguir disfrutando de las liberalidades del uno tanto como de las del otro. El más cercano le tenía á su lado en público; salió con él por el camino al marchar hacia la Fere, y dejándole en Chauny encomendó mucho á Villeroy cuidase de su persona, acompañándole cuando hubiera de ir á San Quintín, «porque no podía pasarse sin su compañía.» Todo esto era altamente honorífico sin duda; mas no lo que esperaba el Sr. Antonio, dándolo á entender, en ausencia del Soberano, con expresión repetida de no ser para

(1) Carta de Godfrey Aleyn á Bacon, de Chauny, noviembre. Colección Birch, tomo I.

su genio el carácter de los franceses, entre los que no creía podría vivir mucho tiempo, y menos en los mezquinos alojamientos que le señalaban (2).

No lo dijo en balde: á los pocos días le instalaban en una de las mejores casas de la ciudad; llegaba á sus manos oferta nueva del Rey de conferirle las insignias de la orden consabida, con una plaza en el Consejo privado y las rentas de la primera Abadía que vacara, en espera de lo cual disfrutaría desde luego pensión de 4.000 escudos anuales (3).

Por complemento escribió el Rey al Conde de Essex (4), agradeciendo infinito lo que había hecho por Pérez, consejero digno de toda clase de miramientos, que le era muy querido y agradable. Sentía no poderle dar todo lo que deseara y él se merecía; aseguraba, sí, que participaría de la miseria de Francia con la buena voluntad del que la regía.

El interesado, en vista de la gracia y pensión señalada por el Monarca, *sin pedirle él*, hizo saber á Villeroy «que era perro y peregrino; pero perro peregrino en la fidelidad (4).»

(1) Carta de Godfrey á Bacon, de Chauny, noviembre. Colección Birch, tomo I.

(2) Idem, id.

(3) Del Real á 4 de diciembre 1595. Colección Birch.

(4) Colección Ochoa, parte I, carta LIV.

Casi al mismo tiempo informaba á su amigo el Conde de Essex de haberse interceptado cartas de España por las cuales se venía en conocimiento de los proyectos del Conde de Fuentes en Flandes, así como de las miras de *Nabucodonosor*, que á toda prisa reunía ejército y armada. Desconfiando de los recursos de Enrique IV para resistir, y aun de que en Inglaterra dieran á sus enemigos la atención debida, le instigaba á despertar el espíritu público, temeroso de que les ocurriera lo que á las vírgenes de la parábola del Evangelio, que se acordaron tarde del aceite. El que espera siempre es vencido; de los audaces que atacan es el lauro. Si no querían oírle, determinado estaba á despedirse de Francia y de Inglaterra á la vez, al paso que nada igualaría á su satisfacción estando al lado de amigos buenos que con prudencia y energía siguieran sus advertencias (1).

Repetíalas sin cesar, manifestando las cartas sucesivas por qué procedimientos iba convenciendo al Rey de la necesidad de entenderse directamente con el Conde de Essex, tan interesado en sus progresos; utilizando avisos reservados de Flandes, de Venecia, de Milán, de la corte de Madrid y de la misma de Francia; teniendo que reservar á veces algunos de

(1) Antonio Pérez al Conde de Essex, fecha á 14 noviembre 1595. Birch, tomo I, pág. 318.

estos últimos, pareciéndole que no le agradaría á Enrique saber que le eran conocidos. Recibíale el Monarca á todas horas, á solas, aun estando en la cama, no sin inconvenientes; que empezaban á manifestarse los celos de los palaciegos, y singularmente la envidia de Villeroy, por más que procurara adormecerla con lisonjas (1). Como defensa, había manifestado al Rey que mal podría subsistir allí si á las persecuciones y peligros de la triste fortuna se agregaba la malquerencia de sus Ministros (2); preciso sería, á falta de mayor favor y amparo, que buscara otro retiro; idea que afligió mucho á Enrique (3).

Lo que más costaba al consejero era contrarrestar el efecto de insinuaciones que partían de elevadas personas, del Secretario de Estado Villeroy entre ellas, en favor de la paz con España, recordada á cada nueva victoria de las del Conde de Fuentes. Urgía influir en opuesto sentido con el despacho de la expedición contra Cádiz, mucho más habiendo llegado á París un agente de *Roberto el Diablo* (Sir Robert Cecil) (4).

(1) V. en la Colección Ochoa las cartas al Sr. de Villaroel, XIX, XLVII, XLVIII, LI, LII, LfV, LXVI, LXVIII.

(2) Colección Ochoa, Cartas al Rey, VIII, LX.

(3) Antonio Pérez al Conde de Essex, diciembre de 1595. Colección Birch.

(4) Idem id.

Un incidente imprevisto estuvo á punto de poner á Pérez en apuro. Bacon abrió inadvertidamente una carta que Godfrey Aleyn (el criado suyo que dió por amanuense ó secretario al amigo español) enviaba á su padre, y despertando su atención que estuviera escrita en cifra, interpretó lo que sigue:

Godfrey manifestaba propósito de no continuar mucho tiempo al lado de su amo, vistas la inconstancia y rareza del carácter. No pudiendo sufrir sus originalidades, á pesar de hacer cuanto estaba en su mano para complacerle, aprovecharía una buena oportunidad tan luego como penetrara ciertas cosas que empezaba á conocer y que podrían serle de mucho provecho. Los trabajos de Pérez se encaminaban por todos lados á conseguir Liga estrecha y fuerte entre Francia é Inglaterra contra el Rey de España, convenciendo á las dos partes de que por tal medio lo hundirían. Procuraba al mismo tiempo, por medio de la Reina, la soltura de su mujer é hijos, detenidos en Madrid; pero tenía emulación con M. Edmondes, agente especial del Conde de Essex, estorbándose uno al otro: el Rey empezaba á cansarse de las singularidades de Pérez, y los más de los hombres con que esperaba contar le enseñaban ya los dientes.

Se vino á descubrir por esta misiva que ha-

biendo aprendido Godfrey al lado del señor Antonio lo que valía un secreto, tomaba copia de las cartas más importantes que se enviaban al Conde de Essex, y hacía que fueran á manos del Rey de Escocia por conducto de su Embajador en París. Essex, muy alarmado, previno incontinenti al corresponsal, dándole tiempo de poner remedio, que fué el de su táctica probada. Anunció al Rey otra tenebrosa traza de los Faraones de Egipto, enderezada á perderle con la invención de cartas que pusieran en duda su lealtad, su amor, su adhesión, etc. Después, manifestando á Godfrey que era preciso enviar al Conde una clave nueva de escritura, comisión delicada que no quería fiar á otra persona, le despachó para Inglaterra, donde en el acto de poner el pie le echaron mano, encerrándole en la prisión de Clink ⁽¹⁾. Le substituyó Edward Yates, hombre de toda confianza, pagado como el otro por el Conde, y exclusivamente destinado á transmitir los despachos secretos que importaran á éste ó á la Reina ⁽²⁾.

Hay que dejar aquí en suspenso los manejos secretos, hasta referir someramente los efectos que producían en la política.

La Reina de Inglaterra, siguiendo los con-

(1) Colección Birch.

(2) Idem.

sejos de los Cecil, padre é hijo, contrarios siempre á los del Conde de Essex, había negado á Enrique IV la cooperación activa en la guerra, y este Rey insinuó por medio de Embajador especial que, no contando más que con los recursos propios, se vería en la precisión de aceptar paz honrosa con España. Isabel, inquieta con las ventajas que en Francia iba consiguiendo el Conde de Fuentes, recibió la declaración con doble sentimiento, y comisionó inmediatamente á Sir Henri Unton para que con carácter de Embajador sondeara en París la verdadera disposición del Rey, haciéndole conocer la necesidad en que se veía el Gobierno de Inglaterra de proveer á la propia seguridad, amenazada en aquella isla y en Irlanda. Si Enrique IV se inclinaba en realidad á entenderse con Felipe II, el Embajador debía procurar impedirlo con ofrecimiento de alianza y auxilio efectivo: si en la indicación no había más que amenaza, ninguna modificación se haría en la marcha de las relaciones; pero á estas instrucciones oficiales opuso las suyas particulares el Conde de Essex, seguro de verlas cumplidas, por lo mucho que Sir Unton le debía; y contrariamente á lo que el Secretario de Estado le mandaba, había de sostener al Soberano de Francia en la afirmación de no continuar la guerra sin ayuda, aun-

que en público y como Embajador diera á entender lo contrario.

Al mismo tiempo había de escribir Pérez cartas que se mostrarían á la Reina, para que la coincidencia de sus informes y los del Embajador influyera en el ánimo de Isabel. Las instrucciones del Conde decían: «Antonio me escribirá, en carta que pueda enseñarse, que la llegada de Sir Unton ha empeorado los negocios, y me preguntará por qué, conociendo el carácter del Rey de Francia y los asuntos del reino, no me he opuesto al envío del Embajador. Añadirá temores de que se haya dejado avanzar al Rey hasta un punto de que no pueda ya retroceder (1).»

Sir Henri Unton desempeñó perfectamente su papel; el Rey conferenció con Pérez, cuyas cartas completaron en Inglaterra el efecto de los despachos del Embajador (2).

Empezaba en esto el año de 1596 con descontento del Peregrino, que vino á mudar en pena, la falsa nueva de la muerte de Doña Juana Coello, su mujer. Un caballero de la Cámara de D. Felipe escribió á Génova *dícese* que se propagó de seguida por cosa cierta... (3).

(1) Colección Birch, tomo I, pág. 354.

(2) M. Mignet explica con bastante extensión estas intrigas, páginas 337 á 343.

(3) Colección Ochoa, parte II, carta CXVI.